

---

## Capítulo LII.

---

Donde Hernan Cortés prosigue su expedición á San Gil de Buenavista.

Después que Hernan Cortés despachó á Gonzalo de Salazar y á Peralmindez desde la villa del Espíritu Santo con poderes para gobernar en Méjico, hizo saber á los señores de Tabasco y Xicalcinco que para la expedición que proyectaba necesitaba que le facilitasen guías, porque desconocía aquel territorio.

Pusieron á su disposición diez hombres de los más prácticos, y estos le llevaron además una especie de plano pintado en una tela de algodón, en el que había los más minuciosos detalles respecto al territorio que hay que recorrer desde Xicalcinco hasta Naco y Nito, y aun hasta Nicaragua, en la costa del Sur, donde residía Pedrarias, gobernador de Tierra Firme.

Le advirtieron que no extrañase hallar despobla-

dos aquellos pueblos, porque algunos españoles que habían vagado por los contornos habían incendiado varios lugares, y el terror que produjo esto en sus habitantes les obligó á huir á las montañas.

Cortés les agradeció aquellas noticias, y como de costumbre, para premiar sus servicios, les hizo algunos regalos, consistentes en cuentas de vidrio, espejos, cascabeles y demás objetos que tanto llamaban la atención de los indígenas.

Desde aquel momento se dedicó á preparar lo necesario para el viaje.

Llevó una piara de puercos para que con sus carnes se alimentase el ejército, metió en tres carabelas cuatro piezas de artillería que sacó de Méjico, mucho maíz, judías, pescados y otras provisiones, armas y pertrechos, y completó las municiones de boca con todo el vino, vinagre, aceite y cecinas que tenía procedentes de la Veracruz y de Medellín.

Dispuso que los navíos fuesen costeano hasta el río de Tabasco, y él, al frente de ciento cincuenta españoles de á pié y otros tantos de á caballo, y llevando para su servicio á más de tres mil indios, tomó el camino por tierra con ánimo de no separarse mucho de la costa.

A nueve leguas de la villa del Espíritu-Santo pasó un gran río en barcas, y entró en Tunalan.

Otras tantas leguas más adelante pasó del mismo modo otro río, y los caballos á nado.

Se encontró después con otro tanto ancho, que para que no se le ahogasen los caballos mandó cons-



truir un puente de madera, cuya longitud era de novecientos treinta y cuatro pasos.

Concedió dos horas de tregua para que descansasen los indios que habian llevado á cabo la construcción del puente, y al poco rato, prosiguiendo su marcha, llegó á Copilco, cabeza de la provincia.

En las treinta y cinco leguas que recorrió, tuvo que atravesar cincuenta rios, viéndose obligado á armar otros tantos puentes.

Es aquella tierra muy poblada, y abundan en ella el cacao, el maiz, la fruta y la pesca.

Desde Anaxuxaca, que es el postrer lugar de Copilco para ir á Cinatlan, atravesó unas muy cerradas montañas, y un rio llamado Quezatlapan, muy caudaloso, y que vá á afluir en el de Tabasco que tiene por nombre Grijalva.

Los de Tabasco le trajeron provisiones y veinte barquillas, en las que pasó dicho rio.

Ahogósele un negro, y tambien se perdieron en la travesía cuatro arrobas de herraje.

Cortés pernoctó en el pueblo, y su sorpresa fué grande cuando al amanecer supo que todos sus habitantes habian huido á las montañas.

Esta noticia se la comunicó una mujer que entró tambien en direccion á la sierra.

Mostrándola el plano que la habian dado los señores de Xicalcinco y de Tabasco, la preguntó si sabia hácia donde se hallaba Chilapan.

La india señaló con el dedo hácia unas sierras que se veian á lo lejos.

Cortés se puso en camino, no dudando de la sinceridad de la india; y en efecto, dos dias más tarde entró en Chilapan.

El lugar se hallaba reducido á cenizas.

Sólo encontró á dos hombres, que al verle trataron de ponerse en fuga.

Les tranquilizó por medio de los intérpretes, y ellos le guiaron á otro pueblo, llamado Tamaztepec.

Tardó dos dias en andar seis leguas, á causa de lo pantanoso del terreno.

En algunos sitios les cubria á los caballos hasta la cincha.

Tambien estaba desierto el pueblo últimamente citado.

Hallaron maiz, fruta y otras provisiones, hallazgo precioso en aquellos momentos.

Despues de descansar seis dias, se dirigió en dos jornadas á Iztapan.

Apenas les vieron aproximarse sus habitantes, huyeron precipitadamente, llevándose sus mujeres.

Muchos de ellos, por pasar de prisa, se ahogaron.

Hernan Cortés logró prender á algunos, y les preguntó la causa de su fuga.

Ellos le contestaron que el señor de Cinatlan les habia hecho creer que los españoles mataban á cuantos encontraban, y que poseidos de terror habian evitado su presencia.

El ilustre caudillo llamó entonces á los indios que traia á su servicio, y les ordenó que manifestasen á



los de Tamaztepec la manera con que les había tratado.

Después les hizo algunos regalos y les puso en libertad, dándoles una especie de salvoconducto para que, si al regresar encontraban españoles, no tuvieran nada que temer.

Se retiraron muy contentos, y cuando contaron á su cacique lo que les había sucedido, el señor de Iztapan, seguido de cuarenta hombres, se presentó á Cortés, declarándose como vasallo del monarca de España.

Ocho días permaneció el ejército en dicha población, durante los cuales fueron todos objeto de los mayores agasajos.

Acaeció estando allí que un mejicano se comió una pierna de otro indio de aquel pueblo que fué muerto á cuchilladas.

Súpolo Cortés, y le mandó quemar en presencia de su señor.

Indignado este, les preguntó:

—¿Quisiera saber por qué causa habeis impuesto esa pena á mi vasallo?

—Porque es mi deber castigar á los que cometen esos excesos. Habeis de saber que el principal objeto que ha decidido al príncipe más generoso del mundo á enviarme á estos remotos países, ha sido el de difundir la civilización. La religion que profesamos, que es la única verdadera, prohíbe comer carne humana.

Después le explicó los principales misterios de

nuestra religion, y el cacique le escuchaba atónito, especialmente cuando le dijo que existía otra vida toda llena de dulzura para los que morían dentro de los preceptos del cristianismo.

Cuando Cortés terminó su conferencia, el señor de Iztapan, para demostrarle lo grato que le había sido, le regaló tres canoas y muchas provisiones, y le dió varias instrucciones para proseguir su expedición.



### Capítulo LIII.

Continuacion del anterior.

Desde Iztapan fué Cortés á Tatahuitlapan, y halló el lugar desierto.

Al otro lado del rio vió un gran templo, y atraído por la curiosidad, penetró en él.

Su sorpresa fué grande al encontrar veinte teopixques.

—¿Qué haciais aquí?—les preguntó.

—Estábamos en oracion, esperando á que se acercase la hora de morir. Queríamos terminar nuestros dias en compañía de nuestros dioses. Ellos nos han anunciado que recorrian nuestro territorio unos hombres barbudos que asesinaban á cuantos encontraban, y por eso hemos preferido tomar esta resolucion.



HERNAN CORTÉS.—¿Qué haciais aquí?—les preguntó.



Y al ver que algunos mejicanos de los que asistían á aquella escena venían adornados con collares y otras joyas pertenecientes á los ídolos que habían destruido por mandato de Cortés:

—¡Oh!...—exclamaron, llorando á lágrima viva.—Ya no queremos vivir, puesto que nuestros dioses han muerto.

—Desechad esas absurdas creencias,—les dijo Cortés;—profesais el error y la idolatría, porque vuestra religion no es otra cosa que un tejido de embustes y falsedades.

A poco que reflexioneis, os convencereis de las absurdas bases en que descansa.

Religion que, entre otras cosas, prescribe los sacrificios humanos, merece la execracion y el desprecio de todas las personas honradas.

¡Qué diferencia de la nuestra!

Descansa principalmente en la caridad, y esta máxima sintetiza toda su esencia: «No hagas á otro lo que no quieras para tí.»

Aun es tiempo: adjurad de vuestra falsa religion, y adoptad la nuestra, única verdadera.

—Por nada del mundo renunciaremos á nuestras creencias. Queremos morir en la religion que nos han enseñado nuestros padres.

Hernan Cortés añadió nuevos argumentos á los que habían empleado para disuadirles de su obstinacion; pero todo fué inútil.

Con harto sentimiento de su parte, tuvo que renunciar á aquel generoso propósito, y aplazando para



mejor ocasion el llevar su alma al convencimiento, se retiró con toda su gente.

Continuando su marcha, atravesaron algunas lagunas, y entraron en un bosque tan espeso, que estuvieron perdidos más de dos dias.

Cortés, para orientarse, se valió de una brújula que llevaba, y consultando el mapa que le habian dado, calculó que, siguiendo hácia el Nordeste, saldrían á Guateopan, ó muy cerca.

Ya les faltaba abrirse camino.

Talando árboles, siguieron aquel rumbo, y aunque muy fatigados, llegaron al punto que se proponían.

Hicieron alto para descansar, y aplacaron su sed con frutas y raíces que hallaron en abundancia.

Tambien encontraron mucha yerba, que pastaron los caballos.

Como en los anteriores lugares, no se veía habitante alguno.

Aquello contrarió en extremo á Hernan Cortés, porque, como es natural, deseaba tener noticia de los españoles que en tres barcas habian ido por el rio.

El ilustre caudillo recorrió toda la poblacion, y á los pocos pasos vió una saeta de ballesta clavada en el suelo.

Esto era indicio de que los españoles habian pasado por allí.

¿Pero habrian caido en poder de los indios y habrian perecido á sus manos.

Este temor, esta duda, aumentaba su angustia.

Pasaron el rio los expedicionarios en algunas barquillas.

Anduvieron buscando gente por las huertas y labranzas, y al cabo vieron una gran laguna, donde todos los del pueblo estaban metidos en barcas.

Al ver llegar á los españoles, salieron á su encuentro en medio de las muestras de la mayor alegría.

Tranquilo Hernan Cortés por la actitud en que se presentaban, les preguntó:

—¿Por que habeis venido á guareceros á la laguna?

—Porque el señor de Cinatlan nos habia aconsejado que abandonásemos el pueblo.

—¿Y no habeis visto pasar por aquí á algunos de nuestros hermanos?

—Hace tres soles cruzaron el rio unos hombres barbudos, á los que acompañaban indios de Iztapan. Nosotros preguntamos entonces si debíamos temer algo de los extranjeros, y ellos nos contestaron que no solamente no hacian daño alguno, sino que, por el contrario, trataban con la mayor consideracion á cuantos encontraban.

Al oír esta declaracion, el hermano de nuestro señor dispuso salir á acompañarlos para que no les hospitalizasen en el camino.

—¿Pero cómo se explica que permanezcáis aquí?

No teniendo nada que temer, ¿por qué no habeis vuelto á la poblacion?

—Porque esperábamos el regreso de nuestros hermanos.



Hernan Cortés no dudó ni un momento de la sinceridad de aquellos indígenas.

Envió á buscar á los españoles, y al dia siguiente vinieron estos con cuatro canoas cargadas de provisiones.

Consistian en maiz, miel y cacao.

Tambien traian algo de oro.

Mucho alegró á todos aquella adquisicion, porque los viveres empezaban á escasear:

Cuando estaban reparando sus debilitadas fuerzas, acudieron de cuatro ó cinco lugares con algunos presentes.

Cortés les recibió con la mayor amabilidad, y les hizo á su vez algunos regalos.

Viendo las buenas disposiciones que presentaban, fija en su imaginacion la idea de propagar la religion cristiana, les habló de los principales misterios.

Sus elocuentes razonamientos penetraron en el alma de los indios, y algunos desearon abrazar el catolicismo.

Dos frailes que acompañaban al caudillo les administracion el sacramento del bautismo, y la severa sencillez de aquella solemnidad atrajo la admiracion de los indios, convirtiéndose muchos á la religion cristiana.

Al volver á sus casas, recordando las palabras de los misioneros, comenzaron á derribar los ídolos.

El señor del pueblo, que tambien habia abjurado de los errores de la idolatría, dió á Cortés todo el oro que atesoraba.

Los españoles se despidieron de aquellos indios que tan benévolamente les habian acogido, y oyeron de sus labios el juramento de que en todo tiempo respetarian y acatarian á los cristianos, saliendo en su defensa si alguno trataba de hostilizarlos.

---



## Capítulo LIV.

Donde Hernán Cortés se dirige á la provincia de Acalan.

Tenia vivos deseos el ilustre conquistador de Méjico de conocer la provincia de Acalan, y por una senda que partía desde Huateopan, tomó el camino que conducía á ella.

Pasó el río en barcas, y al atravesarle se ahogó un caballo y se perdieron algunos fardes.

Anduvo tres días por unas montañas muy ásperas, con gran fatiga del ejército, y al cuarto encontraron un nuevo obstáculo.

Un pantano de más de quinientos piés de ancho interrumpía su paso.

Los españoles, con lágrimas en los ojos, pedían á Dios misericordia, porque solamente con su intercesión podían ganar la orilla.

Su angustia era doblemente terrible, porque no les quedaba el recurso de retroceder.

Habia llovido mucho, y las crecientes de los ríos se habían llevado los puentes.

Era preciso intentar construir un puente, por más que ofreciera grandes dificultades hacerle de tanta longitud.

Cortés rogó á los señores mejicanos que le acompañaban que exortasen á los indios para que auxiliasen á los españoles en aquella ruda tarea.

Un momento despues se cortaban infinitos y corpulentos árboles, y una vez labradas las vigas, se iban clavando en el cieno, sirviéndose de balsas para esta operacion.

Como la empresa era gigantesca, al ver lo poco que se adelantaba en ella, muchos desconfiaban del éxito y culpaban á Cortés por haberles llevado á un punto del que no podían salir.

Mucho sentía el ilustre caudillo aquellas injustas recriminaciones; pero no se atrevía á contradecirles.

—Yo os suplico, —les dijo, — que esperéis ocho días solamente. Si al cabo de este tiempo el puente no está terminado, yo me comprometo solamente á que nos volvamos por donde hemos venido.

—Esperaremos.

Tranquilo ya respecto á los españoles, el ilustre héroe de nuestra historia se dirigió á los indios.

—No tengo que encareceros la importancia de terminar cuanto antes el puente. Es para nosotros cuestion de vida ó muerte. Las provisiones se hallan pró-



ximas á agotarse, y en cambio al otro lado del puente está Acalan, tierra abundantísima, y donde tenemos navíos cargados de todo lo necesario.

Pero no es sólo el espíritu de conservacion el que debe animaros á trabajar con fé y decision. Si en breve plazo queda concluida la construccion, yo os prometo, cuando regresemos á Méjico, recompensar como merecen vuestros servicios.

Todos acogieron con alegría aquellas palabras, y los señores mejicanos ordenaban á los indios en cuadrillas para dar mayor impulso á las obras.

Unos cortaban árboles, otros los labraban, estos los conducian al pantano, y aquellos los clavaban,

Cortés dirigia estas operaciones, y al cabo de seis dias el puente quedó terminado.

El sétimo pasó todo el ejército y caballos.

Los españoles se convencieron una vez más de la proteccion de la Providencia, porque sin su auxilio les hubiera sido imposible llevar á cabo proyecto tan gigantesco.

Entraron en la construccion mil vigas de ocho brazas de largo y cinco ó seis palmos de grueso, y otras muchas maderas menores y menuda para cubierta.

A falta de clavazon, unieron las tablas por medio de ataduras de bejucos.

Tambien hacian grandes barrenos, metian en ellos espigas de madera, que reemplazaban á los clavos.

Una vez en la opuesta orilla, hincaron todos la

rodilla en tierra y dieron gracias al Altísimo por haberles sacado con bien de tantos peligros.

Estando en oracion, llegaron cuatro españoles que se habian adelantado al ejército.

Les acompañaban ochenta indios de la provincia de Acalan, cargados de aves, frutas y pan.

Despues de entregarles estas provisiones, que se repartieron en medio de la alegría de todos, les dijeron los indios que Apoxpalon, cacique de aquella provincia, y todos los habitantes, quedaban esperando al ejército para recibirle espléndidamente y aposentarle en sus casas.

Algunos entregaron á Cortés, en nombre de su cacique, joyas y adornos de oro, añadiendo que su señor tenia una inmensa satisfaccion por su llegada porque habia oido hablar de sus hazañas á los mercaderes de Xicalcinco y de Tabasco.

Hernan Cortés les agradeció en extremo tan buena voluntad.

Dióles algunos regalos para su señor, y antes de despedirlos les llevó á ver el puente recientemente construido.

No se cansaban de admirarle, y cuando se retiraron fueron hablando por el camino de aquella gigantesca obra.

—Está visto,—decia uno á sus compañeros;—los españoles hacen cuanto quieren.

—Parece mentira,—exclamaba otro,—que en tan corto tiempo se haya podido construir ese camino sobre las aguas.



—El intentarlo sólo es grandioso.

—¡Y cuidado si es sólido!

—Como que por él han pasado esas máquinas que producen el rayo y el trueno, y esos mónstruos que manejan los extranjeros con tanta facilidad, y que nos causa tanto asombro.

Bien se vé que son hijos del cielo; de lo contrario, no podrian realizar obras tan asombrosas, y en tan poco tiempo.

Los españoles, momentos despues de despedir á aquellos emisarios, se pusieron en marcha, y al siguiente dia llegaron á Tizapelt.

Los vecinos del pueblo tenian preparada una magnífica comida para obsequiarlos, y tambien grano, yerbas y rosas para los caballos.

Descansaron seis dias los españoles, y uno de ellos se presentó á Hernan Cortés un gallardo mancebo.

—Mi padre, Apoxpalon,—le dijo,—ha muerto; pero yo, que sabia la buena opinion que le merecíais, vengo á ofreceros mi leal amistad.

Dignaos admitir este pequeño homenaje de mi respeto y admiracion,—añadió, ofreciéndole muchas gallinas y algun oro.

—Os doy gracias,—dijo Cortés,—por vuestra benevolencia, y os acompaño en el dolor que naturalmente habrá producido en vos la muerte de vuestro buen padre; y á mi vez os suplico que adorneis vuestro cuello con esta joya.

Y le dió un collar de cuentas de Flandes, que agradó sobremanera al hijo de Apoxpalon.

Hay que advertir, que aunque Cortés mostraba gran tristeza por la muerte del cacique no creia que hubiera tenido lugar, porque recordaba el poco tiempo que hacia que le habia enviado un presente.